

Por qué los marxistas se oponen al terrorismo individual

León Trotsky
Noviembre de 1911

(Versión al castellano desde “[Pourquoi les marxistes s'opposent au terrorisme individuel](#)”, en [Marxistes-Léon Trotsky](#), Publicado por primera vez en la revista socialdemócrata austríaca *Der Kampf*, noviembre de 1911)

Nuestros enemigos de clase tienen la costumbre de quejarse de nuestro terrorismo. Lo que quieren decir con esto no está muy claro. Les gustaría llamar terrorismo a todas las actividades proletarias dirigidas contra los intereses de nuestros enemigos de clase. La huelga, a sus ojos, es el principal método de terrorismo. La amenaza de huelga, la organización de piquetes, el boicot a un patrón esclavista, el boicot moral a un traidor de nuestras propias filas, a todo esto lo llaman terrorismo y mucho más. Si concebimos el terrorismo de esta manera como cualquier acción que inspire miedo, o que dañe al enemigo, entonces, por supuesto, toda la lucha de clases no es más que terrorismo. Y la única pregunta que queda es si los políticos burgueses tienen derecho a verter su indignación moral sobre el terrorismo proletario, ¡cuando todo su aparato estatal con sus leyes, su policía y su ejército no es más que un aparato de terror capitalista!

Sin embargo, hay que decir que cuando nos reprochan el terrorismo, intentan (aunque no siempre conscientemente) dar a esta palabra un significado más estrecho, más indirecto.

En este sentido estricto de la palabra, el deterioro de las máquinas por parte de los trabajadores, por ejemplo, es terrorismo. El asesinato de un empresario, la amenaza de prender fuego a una fábrica o la amenaza de muerte a su propietario, el intento de asesinato, con una pistola en la mano, contra un ministro del gobierno: todas estas acciones son actos terroristas en el pleno y verdadero sentido. Sin embargo, cualquiera que tenga una idea de la verdadera naturaleza de la socialdemocracia internacional debería saber que siempre se ha opuesto a este tipo de terrorismo y lo hace de la manera más intransigente.

¿Por qué? El terrorismo mediante la amenaza de huelga, o la realización de una huelga, es algo que sólo pueden hacer los trabajadores industriales. La importancia social de una huelga depende directamente: en primer lugar, del tamaño de la empresa o del sector industrial al que afecta y, en segundo lugar, del grado de organización, disciplina y preparación de los trabajadores que participan en ella. Esto es tan cierto para una huelga política como para una huelga económica. Sigue siendo el método de lucha que se deriva directamente del papel productivo del proletariado en la sociedad moderna.

El terror individual menosprecia el papel de las masas

El sistema capitalista necesita para desarrollarse una superestructura parlamentaria. Pero como no puede confinar al proletariado moderno en un gueto político, tarde o temprano debe permitir que los trabajadores participen en el parlamento. En todas las elecciones, el carácter de masa del proletariado y su nivel de desarrollo político (cantidades que, una vez más, también están determinadas por su papel social, es decir, sobre todo, su papel productivo) encuentran su expresión.

En una huelga, como en las elecciones, el método, el objetivo y los resultados de la lucha dependen siempre del papel social y de la fuerza del proletariado como clase. Sólo los trabajadores pueden dirigir una huelga. Los artesanos arruinados por la fábrica, los campesinos cuyas aguas están contaminadas por la fábrica o los miembros del lumpen proletariado, ávidos de caos, pueden romper la maquinaria, incendiar una fábrica o asesinar a su propietario. Sólo la clase obrera, consciente y organizada, puede enviar una multitud al parlamento para que vele por los intereses de los proletarios. Por otra parte,

para asesinar a un funcionario prominente, no es necesario contar con el apoyo de las masas organizadas. La receta para fabricar explosivos está al alcance de todos, y una Browning se puede comprar en cualquier sitio. En el primer caso, se trata de una lucha social, cuyos métodos y medios derivan necesariamente de la naturaleza del orden social dominante del momento, y, en el segundo, de una reacción puramente mecánica, idéntica en todas partes (en China como en Francia), muy llamativa en su forma externa (asesinatos, explosiones, etc.) pero absolutamente inofensiva en lo que respecta al sistema social.

Una huelga, aunque sea pequeña, tiene consecuencias sociales: refuerzo de la autoestima de los trabajadores, fortalecimiento de los sindicatos, e incluso, muy a menudo, una mejora de la tecnología de producción. El asesinato del dueño de la fábrica sólo produce efectos de carácter policial, o un cambio de dueño sin ninguna trascendencia social. Que un atentado terrorista, incluso uno “exitoso”, provoque confusión en la clase dirigente depende de las circunstancias políticas concretas. En cualquier caso, esta confusión sólo puede ser efímera; el estado capitalista no se basa en los ministros del gobierno y no puede ser eliminado con ellos. Las clases a las que sirve siempre encontrarán sustitutos; la máquina permanece intacta y sigue funcionando.

Pero el desorden introducido en las filas de las propias masas trabajadoras por un ataque terrorista es más profundo. Si basta con armarse con una pistola para conseguir su objetivo, ¿de qué sirven los efectos de la lucha de clases?

Si un dedal de pólvora y un pequeño trozo de plomo son suficientes para atravesar el cuello del enemigo y matarlo, ¿qué necesidad hay de organización de clases? Si tiene sentido aterrorizar a los altos cargos con el estruendo de las explosiones, ¿hay necesidad de un partido? ¿Para qué los mítines, la agitación de masas y las elecciones, si se puede apuntar tan fácilmente al banco del gabinete en la galería parlamentaria?

A nuestros ojos, el terror individual es inadmisiblemente precisamente porque menosprecia el papel de las masas en su propia conciencia, las hace resignarse a su impotencia y las hace volver los ojos a un héroe vengador y liberador que, esperan, vendrá un día a cumplir su misión. Los profetas anarquistas de la “propaganda por la acción” pueden argumentar todo lo que quieran sobre la influencia edificante y estimulante de los actos terroristas en las masas. Las consideraciones teóricas y la experiencia política demuestran lo contrario. Cuanto más “eficaces” sean los actos terroristas, mayor será su impacto, más reducirán el interés de las masas por la autoorganización y la autoeducación.

Pero los humos de la confusión se disipan, el pánico desaparece, aparece el sucesor del ministro asesinado, la vida vuelve a instalarse en la vieja rutina, la rueda de la explotación capitalista gira como antes; sólo la represión policial se vuelve más salvaje, más segura, más descarada. Y, como resultado, en lugar de las esperanzas que se habían suscitado, del entusiasmo artificialmente despertado, llega la desilusión y la apatía.

Los esfuerzos de la reacción en acabar con las huelgas y con el movimiento de masas de los trabajadores en general han acabado siempre, y en todas partes, en fracaso. La sociedad capitalista necesita un proletariado activo, móvil e inteligente; por tanto, no puede mantenerlo atado de pies y manos durante mucho tiempo. Por otro lado, la propaganda anarquista de “acción” ha demostrado una y otra vez que el estado es más rico en medios de destrucción física y represión mecánica que los grupos terroristas.

Si esto es así, ¿dónde queda la revolución? ¿Se hace imposible por este estado de cosas? En absoluto. Porque la revolución no es una mera agregación de medios mecánicos. La revolución sólo puede surgir de la acentuación de la lucha de clases, y sólo puede encontrar una garantía de victoria en las funciones sociales del proletariado. La huelga política de masas, la insurrección armada, la conquista del poder del estado, todo ello viene determinado por el grado de desarrollo de la producción, la alineación de las

fuerzas de clase, el peso social del proletariado y, finalmente, por la composición social del ejército, ya que las fuerzas armadas son el factor que, en tiempos de revolución, determina el destino del poder del estado.

La socialdemocracia es lo suficientemente realista como para no tratar de evitar la revolución que se desarrolla a partir de las condiciones históricas existentes; por el contrario, evoluciona para afrontar la revolución con los ojos bien abiertos. Pero, a diferencia de los anarquistas, y en oposición directa a ellos, la socialdemocracia rechaza todos los métodos y medios destinados a forzar artificialmente el desarrollo de la sociedad y a sustituir la insuficiente fuerza revolucionaria del proletariado por preparados químicos.

Antes de ser promovido a un método de lucha política, el terrorismo apareció en forma de actos individuales de venganza. Este fue el caso de Rusia, el clásico país del terrorismo. El hecho de que los presos políticos fueran azotados llevó a Vera Zasúlich a expresar el sentimiento general de indignación intentando asesinar al general Trepov. Su ejemplo fue imitado en los círculos de la intelectualidad revolucionaria que carecían de apoyo de masas. Lo que había comenzado como un acto irreflexivo de venganza se convirtió en todo un sistema en 1879-1881. Las oleadas de asesinatos cometidos por los anarquistas en Europa occidental y Norteamérica se producen siempre después de alguna atrocidad gubernamental: el fusilamiento de huelguistas o la ejecución de opositores políticos. La fuente psicológica más importante del terrorismo es siempre un sentimiento de venganza en busca de una salida.

No es necesario subrayar que la socialdemocracia no tiene nada en común con esos moralistas venales que, ante cada acto terrorista, hacen declaraciones sobre el “valor absoluto” de la vida humana. Son los mismos que, en otras ocasiones, en nombre de otros valores absolutos (por ejemplo, el honor de la nación o el prestigio del monarca) están dispuestos a empujar a millones de personas al infierno de la guerra. Hoy su héroe nacional es el ministro que concede el sagrado derecho a la propiedad privada, y mañana, cuando la mano desesperada de los trabajadores desempleados se cierra en un puño o coge una pistola, pronuncian todo tipo de tonterías sobre la inadmisibilidad de la violencia en cualquiera de sus formas.

Digan lo que digan los eunucos y fariseos de la moral, el sentimiento de venganza tiene sus derechos. La clase obrera tiene el mayor mérito moral: el hecho de no mirar con indiferencia, con pasividad, lo que ocurre en este nuevo mundo feliz. No extinguir el sentimiento insatisfecho de venganza del proletariado, sino, por el contrario, avivarlo una y otra vez, hacerlo más profundo y dirigirlo contra las verdaderas causas de toda injusticia y bajeza humanas: ésta es la tarea de la socialdemocracia.

Si nos oponemos a los actos terroristas, es sólo porque la venganza individual no nos satisface. La cuenta que tenemos que saldar con el sistema capitalista es demasiado grande para presentarla a un funcionario llamado ministro. Aprender a ver todos los crímenes contra la humanidad, todas las indignidades a las que están sometidos el cuerpo y el espíritu del hombre, como las excrecencias y las expresiones distorsionadas del sistema social existente, con el fin de dirigir todas nuestras energías hacia una lucha contra ese sistema: esta es la dirección en la que el ardiente deseo de venganza debe encontrar su más alta satisfacción moral.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



geminal_1917@yahoo.es